

PRESENCIA DE LAS CLASES POPULARES EN LA HISTORIA REPUBLICANA

José Luis Rénique

EXISTE una suerte de “versión oficial” muy difundida y comúnmente aceptada de nuestra historia republicana. En ella figuran con distinta relevancia, personajes, instituciones y fechas, verdaderas epopeyas y numerosos actos de innegable entrega; sin embargo, son contados los espacios a través de los que es posible conocer la vida del pueblo, actor por excelencia de la historia. En ellos, la huella de la acción de las masas ha quedado impresa y la historia —supuesto registro crítico de la existencia de los hombres—, se ha reducido a construir estereotipos que “presentan a la muchedumbre como una descarnada abstracción y no como un conjunto de hombres de carne y hueso”.¹

Escribir la historia de las masas “sin historia” es una tarea compleja. Frente a la fría lógica del estereotipo aplicable a cualquier movimiento de masas en cualquier sociedad ubi-

camos significativos avances, por ejemplo los realizados por George Rudé y Eric J. Hobsbawm², cuyo valor fundamental reside en estudiar las expresiones populares en tanto fenómenos históricos insertos en un contexto que nos informa quienes formaban esa masa, qué aspiraciones o problemas ocupaban su espíritu, que formas de lucha adoptaron, o quiénes eran sus dirigentes. Un simple cambio en el objeto de nuestro interés —del Club Nacional al movimiento obrero, por ejemplo— no es suficiente garantía si no existe el sólido soporte de nuevas fuentes y nuevas estrategias de análisis que permitan reconstruir las bases materiales, inclusive la vida cotidiana, de nuestros anónimos personajes. Se trata —como dice Bonilla³— de realizar una historia del pueblo, que refleje sus esperanzas, sus frustraciones, su visión del mundo, su percepción sobre el

lugar que ocupan en la sociedad, en suma, hacer la historia de su conciencia: O de otra manera corremos el riesgo de construir una abstracción de signo contrario, una verdadera "historia institucional del movimiento popular", en la que el recuento de sus personajes e instituciones reemplacen al movimiento vivo de los hombres.

Sugerencias valiosas se pueden encontrar en la magistral *Historia de la Revolución Rusa*, escrita por León Trotsky hace más de cincuenta años. Sobre el problema de las fuentes su autor escribe:

"Son evidentes las dificultades con que tropieza quien quiere estudiar los cambios experimentados por la conciencia de las masas en épocas de revolución. Las clases oprimidas crean la Historia en sus fábricas, en los cuarteles, en los campos, en las calles de las ciudades. Mas no acostumbran a ponerla por escrito. (...) A pesar de esto, la situación del historiador no es desesperada (...). Los apuntes escritos son incompletos, andan sueltos y desperdigados. Pero puestos a la luz de los acontecimientos estos testimonios fragmentarios permiten muchas veces adivinar la dirección y el ritmo del proceso histórico".⁴

En nuestra historia republicana son numerosos los casos en que las acciones de masas han resultado insoslayables aun para una historia poco dispues-

ta a interrumpir los dimes y diretes de la política palaciega con la recia y bulliciosa voz de la "multitud". A manera de ejemplo diremos que el problema de la participación popular en las guerras de la Independencia no ha sido aclarado. Tampoco han sido estudiadas a fondo las montoneras de la Guerra del Pacífico ni las pierrolistas, como tampoco la tenaz resistencia al invasor sostenida en la sierra central. Del mismo modo las movilizaciones acaudilladas por Sánchez Cerro en los años 1930-1931, así como los graves sucesos ocurridos en Trujillo en 1932, ni de muchos otros episodios, incluidos los acontecimientos del 5 de febrero de 1975 y los paros nacionales posteriores. Los textos más utilizados en nuestros centros educativos no satisfacen las preguntas que formula una época en que las masas muestran su potencial transformador. "La Historia es hija de su tiempo", dijo Fevre con justeza, son precisamente las exigencias de la hora actual las que exigen a algunos historiadores jóvenes a *releer* nuestro pasado republicano, tal es el caso de Margarita Giesecke⁵, que en un libro de reciente publicación analiza a la multitud limeña que participó en el derrocamiento y muerte de Tomás Gutiérrez en julio de

1871-72 la lucha electoral alcanzó un alto grado de violencia. Con el fin de apoyar la candidatura de Pardo, se formó la Sociedad de Independencia Electoral, que logró obtener un importante apoyo popular. En julio de 1872 el triunfo pardista era inminente. Sin embargo, el 22, el coronel Silvestre Gutiérrez entró a Palacio para apresar al Presidente Balta, en la Plaza de Armas Marceliano Gutiérrez proclamaba a su hermano Tomás, Jefe Supremo de la República. Mientras tanto Pardo logró refugiarse en un barco de la Armada. Entre los días 23 y 25 Lima quedó paralizada, las deserciones se multiplicaron en el bando de los Gutiérrez. El día 26 creció la violencia, por la mañana Silvestre fue muerto a tiros en la estación del ferrocarril, la turba que le victimó —señala Basadre— exhibió triunfalmente por las calles los “trofeos de su sangrienta victoria, produciendo una intensa excitación pública”⁶. El mismo 26 Balta fue asesinado en su celda, otro de los Gutiérrez, Marceliano, corrió la misma suerte en el Callao. Marcelino y Tomás, por su parte, buscaron refugio en el Cuartel Santa Catalina, de donde cercados por sus enemigos, el primero logró huir, en tanto que el segundo encontró la muerte a manos del “populacho”. Al amanecer del 27 sus

cuerpos desnudos y mutilados pendían de las torres de la Catedral de Lima antes de ser quemados. Cerca de allí la “turba” saqueó sus casas.

Estos fueron los hechos sobre los cuales no han faltado opiniones y reflexiones. Basadre, por ejemplo, adjudica el rol protagónico de los sucesos a “gente del hampa” existente entre los braceros atraídos por el ferrocarril andino, a esa “indeseable población flotante”, enfatiza.

En lo referente a los motivos que guiaron su conducta, Basadre opina que *no son* atribuibles a causas locales, sino a causas de orden psicológico o sociológicos “extrañas y profundas”, que se expresan en la exageración paulatina hasta llegar al delirio y retrogradación, al primitivismo y al salvajismo.⁷ El representante norteamericano en Lima vio en los sucesos a “un pueblo que se levanta en masa para derrocar a la tiranía, restaurar las instituciones legales del país, y después se dispersa pacíficamente y vuelve a sus ocupaciones”.⁸ Para Alayza y Paz Soldán, “el estallido popular fue provocado por un sentimiento de justicia; no por las malas pasiones de una plebe soliviantada por los políticos”.⁹ Miró Quesada en uno de sus interesantes trabajos sobre la vida política republica-

na interrumpe su relato en el preciso momento en que aparece la "multitud" para reducir los acontecimientos a la siguiente fórmula: "Lo que pasó después es lo que ocurre en todos los desbordes populares, cuando se rompen los diques y vuelan en pedazos las compuertas".¹⁰

Como puede verse, lo común ha sido presentar el golpe militar y la rebelión popular consiguiente, como un acontecimiento de corta duración y adjetivarlo con un lenguaje lírico que enfatiza ya sea la bondad o la maldad de las masas. Solamente Basadre —afirma G. Giesecke— en *La Multitud, la ciudad y el campo en la Historia del Perú*, y Echenique en sus *Memorias* se aproximaron al papel desempeñado por el pueblo en los acontecimientos de julio de 1872.

Todo lo dicho justifica ampliamente la realización del trabajo que comentamos, el que en su conjunto significa una nueva forma de razonar nuestra historia nacional. Examinemos ahora su contenido. El primer paso es comprender lo ocurrido en el seno de los grupos dominantes locales.

La comercialización del guano impactó como ningún otro suceso en la vida socio-económica peruana del siglo XIX.

Ante la escasez de capitales que impulsaran su explotación, el Gobierno diseñó un peculiar sistema de aprovisionamiento de recursos financieros: la consolidación de la deuda y la imposición del sistema de consignaciones que, desde 1849, según se estableció, debía favorecer a los "hijos del país". Fue así que un grupo de peruanos se benefició con los negocios del guano muchos de ellos se convirtieron en los llamados "capitalistas nacionales", que a la larga dedicaron parte de sus ganancias tanto a la producción la algodón y azúcar, como préstamos al Estado con altos intereses.

La política de Balta y su ministro Piérola fue diferente, tendía a un control estatal del sistema de consignaciones de forma tal que fuese posible financiar un proyecto de infraestructura vial y de construcciones civiles. Para tal efecto puso el negocio guanero en manos de consignatarios extranjeros vía contrato Dreyfuss; algunos sectores se plegaron al gobierno, sobre todo aquellas minorías marginadas del "boom" guanero. En cambio, el gran núcleo de los llamados "hijos del país" o "capitalistas nacionales" rechazó la política económica de Balta, M. Giesecke los denomina "nuevos liberales", partidarios de la doctrina

del "laissez faire, laissez passer" en el ámbito comercial y empresarial y de un estado gendarme y juez, no controlista. El desarrollo de los acontecimientos los llevó a organizarse para la conquista del poder político en una agrupación que, como cuestión realmente novedosa, no se limitó a atraer al "pueblo ilustrado" directamente votante, sino que movilizó a ciertos grupos populares buscando en ellos el elemento de fuerza necesario para enfrentar con éxito la candidatura oficialista en el marco de un proceso electoral a todas luces fraudulento. Quisiera llamar la atención sobre la importancia de iniciar el análisis examinando lo que ocurre en el interior de los grupos dominantes. Las "clases subalternas" —afirma Gramsci— no se han unificado y no podrán hacerlo mientras no se conviertan en Estado, de allí que su historia sea *discontinua y disgregada* ¹¹. Por lo tanto su historia ni por un lado, puede ser el recuento de sus momentos de triunfo o rebeldía, ni puede alcanzar una continuidad tal que permita seguirla por sí misma, se le debe buscar *también* en aquellos momentos en que su adhesión activa o pasiva avalla a las formaciones políticas dominantes (Piérola, Sánchez Cerro, por ejemplo), así como en el nacimiento de nuevos par-

tidos constituidos por las élites con el propósito de mantener el consentimiento y el control de los grupos subalternos (las agrupaciones de carácter populista, por ejemplo).

En 1872 la evolución urbana de Lima inicia un proceso de transformación cuantitativa que, sin embargo, no altera su calidad de ciudad preindustrial en la que la simbiosis habitacional generó una relación paternalista entre las élites y el pueblo. La población creció aceleradamente, aumentó la mano de obra especializada en competencia con las ocupaciones de los gremios artesanos urbanos, cuya situación se agravó con la importación irrestricta de los mismos productos que ellos fabricaban. Esta situación, que deprimió sensiblemente la economía popular había motivado en 1851, 1858 y 1865 violentas movilizaciones artesanales en contra de la importación competitiva. En julio de 1872 reaparecieron —según Giesecke— al interior de una masa heterogénea, sin dirección gremial, cuya movilización se orientaba a derrocar a los Gutiérrez.

Definido el contexto es posible delinear una *versión alternativa* a la tradicional, donde la idea central es demostrar que la movilización popular no fue —como se ha sostenido— una espontánea defensa de la constitucionalidad.

Realizado el golpe es rechazado por la Marina y el Congreso, incluso las Fuerzas Armadas como tales no acompañaron a los hermanos golpistas. En los cinco días que ocurrieron los hechos 7,000 hombres desertaron del bando gutierrista, lo que se explicaría por el fluido contacto existente entre altos jefes y personajes civiles de la política.

“Llama la atención —escribe M. Giesecke— la rapidez con que personas de la élite limeña se lanzan a apoyar a los opositores al golpe...”¹³ los datos aportados por J.C. Martín nos informan que Pardo había tomado sus previsiones para el caso de un golpe formando un comité que debía actuar en Lima y el Callao, presidido por José Antonio García y García, e integrado por José de la Riva Agüero y Ernesto Malinowsky y los capitanes de navío Miguel Grau y Aurelio García y García. Más aún, en una carta que Manuel Pardo escribe en los momentos previos al golpe afirma:

“Hasta hace cuatro días Balta ha estado resignado a entregar el mando; parece que en los últimos, las sugerencias de los Gutiérrez predominan y nos arrastra el sable noche y día. Racionalmente no se debe temer nada, pero yo estoy en guardia. Con resistencia o sin ella triunfaremos: a mi juicio, sin ella creo”. (13).

Este y otros testimonios apoyan la tesis de Margarita Giesecke sobre la perfecta sincronización que existió en la resistencia, que ante el golpe, emprendieron los “ciudadanos más poderosos e influyentes”.

La violencia no era, en la última semana de julio, un hecho nuevo en las calles limeñas; quienes se han ocupado del tema concuerdan en que pocas campañas electorales las han habido tan violentas como las de los años 1871-72. A tal grado llegaría el uso de las armas, que el presidente Balta convocó a una reunión entre los candidatos, en la que intentó, sin éxito, lanzar una candidatura única, en el relato realizado por el propio Pardo de lo acontecido en aquella reunión, encontramos varios pasajes referidos a la violencia electoral.¹⁴

Apenas ocurrido el golpe, la élite pardista puso en marcha las fuerzas que hasta ese momento había utilizado en la campaña electoral.

Las armas que habían servido para capturar mesas electorales apuntaron ahora a los tiranos y el ¡Viva Pardo! electorero se transformó en señal para iniciar la acción. Los relatos periodísticos y personales han registrado la presencia de la gente de Pardo en los momen-

tos culminantes de la acción callejera, la detallada reconstrucción de los sucesos permite comprobar con fluidez la hipótesis central de M. Giesecke y por lo tanto, contradecir "las versiones que lirizan sobre el espontaneismo de un pueblo constitucionalista que sale a defender la legitimidad contra el tirano." ¹⁵.

Las nuevas fuentes utilizadas ¹⁶ han permitido ciertos avances que se profundizarán cuando se conozca mejor la vida de las clases populares urbanas de la Lima del XIX, por ahora es posible saber que la "agitación" pardista encontró el terreno propicio en una población que luchaba contra el desempleo y el alza del costo de vida y que absorbió y adoptó a

sus intereses los slogans de los grupos políticos en pugna, dando forma a un movimiento de tipo "preindustrial" y "prepolítico" cuya unidad de motivación fue la destrucción de los productos extranjeros depositados en la Aduana del Callao, considerados causa de muchos de los males que aquejaban a los limeños humildes de aquellos años. La pálida identificación de los actores no permite, finalmente, descubrir las formas de acción propias de la masa popular. Sea como fuere, ubicamos el trabajo de Margarita Giesecke como un importante logro dentro de una tarea mayor que aparece como el norte de una nueva generación de historiadores, escribir la historia de los hombres "sin historia" de nuestro país.

NOTAS

- 1 Rudé, George: **La Multitud en la Historia**, Siglo XXI, Buenos Aires 1971, p. 17.
- 2 Ver por ejemplo: de Rudé, Op. cit. y **Protesta popular y revolución en el siglo XVIII**, Editorial Ariel, Barcelona 1978. De Eric J. Hobsbawm **Rebeldes Primitivos**, Editorial Ariel, Barcelona 1974. De Rudé y Hobsbawm, **Capitain Swing**, Penguin University Books, London 1969.
- 3 Bonilla, Heraclio. Sulmont, Denis, **El Movimiento obrero en el Perú 1900-1956 (Reseña)** en **Historia y Cultura** 9, Lima 1975, pp. 179-182.
4. Trotsky, León: **Historia de la Revolución Rusa**, tomo I, Editora Quimantú, Santiago 1972, p. 11-12
5. Giesecke, Margarita: **Masas Urbanas y rebelión en la historia**. Editorial Lumen, Lima, 1978.
- 6 Basadre Jorge: **Historia de la República del Perú**, cap. LXXXII, v. VI, p. 369.
- 7 Ibidem. cap. LXXXII, v. VI, p. 375
- 8 Martín, José Carlos: **1872, Cía. de Impresiones y Publicidad**, Lima, 1974.
- 9 Alayza y Paz Soldán, Luis: **Los Gutiérrez**, Biblioteca de Cultura Peruana v. VII, p. 558, Ediciones del Sol, Lima, 1963.
- 10 Miró Quesada, Carlos: **Autopsia de los partidos políticos**, Ediciones Páginas peruanas, Lima, 1961, p. 51.
- 11 Gramsci, Antonio: **Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metódicos**, en **Antología**, Siglo XXI editores, Madrid 1974, p. 491.
- 12 Giesecke, Margarita, Op. cit. p. 119.
- 13 Martín, José Carlos, Op. cit., p. 32.
- 14 "Memocrándum sobre las conferencias que han tenido lugar entre M. Pardo, D. Juan Montero y Rosas, el Presidente de la República y los SS. Ureta y Echenique en los días 12 y 13 de setiembre de 1871", en Martín, José Carlos, Op. cit., pp. 13-20. Este libro contiene otros interesantes documentos y datos referentes a los años 1871 y 1872 que, aparentemente, no han sido consultados por M. Giesecke.
- 15 Giesecke, Margarita, Op. cit., p. 126
- 16 Libros de defunciones en la Beneficencia de Lima y en varias parroquias de la capital.